EL EXTRAÑO Y EL AUSENTE

POR

A. SANCHEZ-BARBUDO

Era muy temprano cuando desperté. Cerré los ojos y otra vez vi la cara blanquísima, los ojos saltones fijos en el techo. Era mi padre, que poco a poco se había ido transformando en un muñeco de cera. Yo no podía hacer nada, a no ser contemplarle con pena. Me daban ganas de llorar. Pero se pondría bueno; sí, se pondría bueno y todo volvería a ser como antes.

Me levanté y me puse los pantalones largos—los primeros de hombre que usaba, y al poco rato, sin hacer ruido, salí al pasillo. La luz estaba aún encendida. Las cortinas eran las mismas, todo lo mismo y, sin embargo, todo era muy diferente. Las maderas gemían de un modo raro en cuanto uno se salía un poquito de la estera. Olía a eucaliptus, a hojas hervidas, y la neblina, que se extendía a jirones, llenaba el comedor al fondo. Una luz grisácea caía sobre las sillas, silenciosas y como pasmadas; en cambio, el corredor tenía luz amarillenta. Y entonces descubrí, con cierta sorpresa, que la mañana no era sino una prolongación de la noche, la noche misma alargada hasta que se hacía de día, y no, como yo otras veces había sentido, algo completamente nuevo, completamente separado de todo lo anterior.

Entré en la cocina. Ella *estaba allí, vuelta de espaldas. Llevaba una bata rosa muy ceñida y el pelo suelto. Se volvió, asustada.*

—¡Vaya, sí que has madrugado, hijo...!

El tono de Pilar, mi madrastra, era diferente aquel día, mucho más amable, pensé en seguida. Y eso que nadie nos estaba oyendo.

Estaba aún sin pintar y se la veía ajada, casi vieja, a pesar de su pelo rubio. Seguramente no había dormido. Me miraba aún, indecisa, como si quisiera decirme algo triste y no se atreviera. Y de pronto sentí como una oleada de ternura hacia ella. Yo también hubiera querido decir algo, mostrarme amigo leal, humilde y abnegado. Moví los labios, pero no se me ocurría nada y permanecí con mi aire compungido, como de tonto. Ella se puso entonces a mirar hacia un rincón, abstraída, y vi cómo sus ojos se humedecieron. Lentamente los estuvo frotando con la palma de la mano, la cual luego se llevó al pelo. Yo también sentía ganas de llorar y, acongojado, pregunté si mi padre estaba mejor, si podría entrar

a verle. Ella respondió que sí, que podía entrar, pero con mucho cuidado, pues quizá estuviera aún durmiendo. Y esforzándose otra vez en sonreír, agregó con una dulzura que me pareció extraña:

—Yo te llamaré en cuanto esté el desayuno.

Fuí a la alcoba. Empujé un poco la puerta, y desde el umbral, temeroso, me puse a observar al enfermo. Dormía. Tenía la nariz afilada y respiraba con dificultad, con un pequeño ronquido. La lámpara proyectaba un semicírculo sobre la cama, sobre la colcha roja en la que destacaba, huesuda y blanca, una mano. Junto a la cabecera estaba el sillón en que ella *había pasado la noche, con los almohadones muy arrugados mostrando aún la huella de su cuerpo.*

La madera crujió un poco. Cesó la respiración. Mi padre abrió los ojos y volviendo hacia mí la cara me miró sobresaltado, como a un fantasma. Luego fué serenándose.

—Buenos días...—dije, aún asustado.

No respondió. Me reconocía ahora, sin duda; mas su mirada era fría, como si mirara a otro o me viera desde muy lejos, como si desde un mundo de espectros en el que ya no contaran demasiado los afectos humanos, me contemplara benévolo y dijera: «Ya ves, hijo, no puedo hacer nada. Lo siento, pero de ahora en adelante tendrás que arreglártelas tú sólo.»

Cuando apartó de mí los ojos me sentí mucho más tranquilo. Entré de puntillas, me senté en el sillón, y como era muy cansado estar mirándole todo el tiempo, me puse a observar lo que en la habitación había.

Hubiera yo querido poder hacer algo: correr a buscar al médico, ofrecer un consejo útil; mas bien sabía que no me tocaba sino callar. Me hubiera gustado hacer algo, sí; pero también que mi padre se diera cuenta de ello, que me sonriera como antes. Ahora él no se daba cuenta de nada.

Seguía respirando penosamente, con los ojos cerrados. Era como si ya no fuese mi padre. Sentía un nudo en la garganta, y mientras mis ojos se nublaban, me dije que le querría aunque él siguiera inmóvil y no se enterara, aunque se hubiese transformado en otro y ya no me quisiera.

En ese instante, como si hubiera adivinado mi pena, entreabrió los ojos y preguntó con una voz casi normal:

—¿Has estudiado ya tus lecciones?

—Sí..., un poco anoche—respondí muy aliviado—. Pero tengo aún tiempo en el colegio, a la hora del estudio...

Y me puse a especular sobre la posibilidad de que me pregun-

taran o no en clase; mas no tardé en advertir que, probablemente, ya no me escuchaba.

—¿Estás mejor?—pregunté, tímidamente.

Sus cejas se movieron y sus labios se contrajeron un poco, pero no respondió nada. Me arrepentí de haber hecho pregunta tan necia, y caído otra vez al silencio, volví a sentirme deprimido.

Oí cerrarse la puerta de la calle. Debía ser Julia, la criada. Tuve un deseo grande de escapar, de correr a la cocina, pero al mirar a mi padre sentí vergüenza. No iba ya a verle en todo el día... Me hubiera gustado quedarme en casa en vez de ir al colegio, pero me arrepentí también de ese pensamiento, ya que sólo si él se ponía peor habría motivo para que me quedase. Otras mañanas había creído que al volver en la tarde me dirían que ya estaba mucho mejor; pero esa mañana, en cambio, estaba seguro de que al volver le iba a encontrar igual, o quizá más malo todavía.

Me puse a recordar horas pasadas, semanas y meses antes, cuando paseábamos juntos. Mi padre permitía a menudo que le acompañase, incluso de noche, y cada salida era para mí un gran triunfo, un acto de hostilidad hacia ella, *a quien no gustaba nada que él me llevase a esas «correrías». A veces íbamos a una taberna, ya tarde, y nos tomábamos un buen filete; en otras ocasiones tenía que esperar, aburrido, a que él saliera de una visita; pero siempre me sentía feliz luego con una sonrisa o una palmada que me diera en el hombro, o simplemente pensando que iba a su lado. Yo bien sabía que lo que tenía que hacer era no importunarle: no moverme cuando él escribía en un café, no abrir la boca cuando bromeaba con una señorita. Así las salidas se repetían, y gracias a ellas, sintiéndome privilegiado, adquiría fuerzas para resistir en casa las humillaciones que tenía que sufrir.*

Estaba aún en la alcoba, absorto, contemplando la lámpara y oyendo su respiración como un quejido, cuando en la puerta apareció Julia, que me hizo una seña con la mano. Salí con rapidez. Al entrar en la cocina vi que ella *no estaba y pregunté qué hacía.*

—Se ha ido a dormir un poco. ¡La pobre estaba tan cansada! —explicó Julia.

Yo no dije nada. Me senté para tomar el café con leche y los churros, que estaban muy buenos. Julia tenía mucho que hacer, según me dijo, y por eso se movía con gran rapidez, a pesar de sus años y su gordura. Parecía contenta con todo el trabajo que le había caído encima. No refunfuñaba como otros días, sino que hablaba excitada de sus planes para tenerlo todo a punto. Luego se fué corriendo a despertar a los «pequeños», a quien su tía pronto

vendría a buscar para que no estuvieran dando la lata todo el día. Me quedé solo en la cocina mal iluminada, comiendo tranquilamente mientras miraba el tapete blanco de hule, las migas y también el techo.

Nunca había oído a Julia decir «la pobre» refiriéndose a ella. *Me dolía ese tono nuevo, cariñoso, que sentía como una traición, y al mismo tiempo, en parte, me agradaba. No se estaba mal en esa atmósfera de cordialidad. Pero yo sabía bien que Julia no quería nada a Pilar. Siempre que estábamos solos me hablaba mal de ella: la comparaba con su antigua señora, mi madre, y hacía notar cuán desgraciado yo era por haberla perdido siendo tan niño. Julia me había visto nacer, según recordaba muchas veces, y por eso me quería tanto. Cuando mi padre se quedó viudo, ella, que era viuda también, permaneció en la casa y fué para mí, según decía, como una madre. Pero luego llegó la otra, Pilar... Sólo por mí la aguantaba; mas en cuanto yo fuera grande se marcharía al pueblo a vivir con su hija, que estaba muy bien casada... Y ahora, de pronto, Julia hablaba de «la pobre» Pilar, la pobre de mi madrastra, lo mismo que antes decía «la pobre» siempre que se refería a la difunta.*

Hasta mis hermanos, Enriquito y María, los pequeños—los hijos de ella—se ponían a tono. Los oía yo hablar en su cuarto muy bajito, mientras los estaban vistiendo, sin duda porque Julia les había dicho que papá estaba malo y que su mamá, la pobre, tenía que dormir un poco.

Me levanté, fuí a mi cuarto, cogí los libros y pronto salí, cerrando la puerta con mucho cuidado y bajando luego la escalera a toda prisa. Daba gusto respirar el aire fresco. La calle estaba casi vacía. Marchaba despacio, extrañado de no sentir el rencor que otras mañanas llevaba conmigo cuando iba por el mismo camino.

Generalmente Pilar no había perdido la ocasión de decir algo desagradable antes de que me fuese. Por las noches todo era diferente porque mi padre estaba en casa, o iba a llegar pronto; pero en las mañanas él dormía y era sólo a ella a quien veía. A ella y a Julia, que no decía nada, aunque la mirara con rabia. Solía, pues, yo salir cada mañana pensando en mi padre, ansioso de volver y al mismo tiempo contento de haberme apartado de ella.

Ese día era distinto: no deseaba que llegara la noche, no ansiaba mucho ver a mi padre; y de ella, en cambio, no me llevaba mala impresión. Me había llamado «hijo». Eso era nuevo, muy nuevo, pero no era verdad. Y otra vez fué a atormentarme el recuerdo de una escena ocurrida meses antes:

Una tarde, mientras yo estudiaba en el comedor, mi hermano Enriquito, que tenía sólo cinco años—ocho menos que yo—, se empeñó en coger una manzana del frutero. Ella *dijo que no, y como él insistiera, se puso furiosa como acostumbraba. Con gran espanto vi que poco después, mientras ella estaba aún distraída cosiendo, él entró otra vez, de puntillas, y sin decir nada se fué a la mesa y agarró la manzana. Estaba yo seguro de que ella al verle se levantaría, gritaría y le daría una paliza; pero no fué así. El se quedó inmóvil, mirándola como encantado, con la manzana en la mano; y yo vi cómo el rostro iracundo de Pilar, que permanecía sentada mirándole también, se fué ablandando. Apretó mucho los labios para contener la risa, pero al fin ésta explotó. Y entonces Enriquito, ya seguro, se rió también enseñando sus dientecillos, comenzó a morder la manzana y se marchó del comedor muy alegre.*

Yo aquél día sentí, como sentía cada vez que recordaba la escena, que mi desgracia consistía en que nunca nadie se ablandaría conmigo de ese modo, que yo nunca podría tener la osadía de Enriquito. Ni siquiera delante de mi padre, pues siempre andaba temeroso de caer en falta, de perder su camino.

Caminaba y de nuevo me obsedía la imagen de mi padre enfermo. Parecía extraño que los tranvías chirriaran como otros días, que la gente anduviera por la calle de un lado para otro, como siempre, mientras él seguía allá en su cama, pálido e inmóvil. Mas de pronto, cerca ya de la escuela, vi de lejos a mi amigo Tomás, y cuando corría hacia él, mis pensamientos cambiaron súbitamente de rumbo.

Durante el día muchas veces aún me acordé de mi padre: en clase y a la hora del recreo, durante la comida, y más que nunca a la hora del estudio. Pero luego ya anocheciendo, cuando volvía, me olvidé por completo. Marchaba con un grupo de muchachos, y como viéramos que en un solar había un enorme montón de arena, allí nos pusimos a jugar. El juego consistía en subir a lo más alto y en no dejar subir al enemigo, en hacerle rodar hacia abajo. Me enardecí empujando a otros y recibiendo empujones, y cuando ya de noche nos dispersamos, me sentí polvoriento y sudoroso, triste y con la garganta muy seca. Me acercaba a casa y sentía vergüenza y pena. Ella *iba a notar en seguida que había estado «haciendo el burro». Iba a decir algo desagradable y a mirarme con desprecio. Subí la escalera lentamente, y antes de llamar volví a sacudirme el polvo y traté de alisarme el cabello.*

Fué Julia, por fortuna, quien abrió. Mientras yo me escurría hacia dentro ella exclamó, en voz muy baja:

—¡Ay, niño, tan tarde!...

—¿Cómo está papá?—pregunté, volviéndome, apenas hubo cerrado la puerta.

Tardó en contestar. Le temblaba la barbilla, en la que se veían unos pelitos grises, y, al fin, me dijo, casi a punto de llorar:

—¡Igual, niño, igual!... El médico se acaba de marchar...

—¿Qué dijo?

—No sé... No ha mejorado... Voy ahora por las medicinas.

Me aconsejó que rápidamente me lavase y cambiara de ropa. Fuí hacia mi cuarto sin hacer ruido. Todo estaba silencioso. Mis hermanos no habían vuelto aún.

Cuando al poco rato entré en la cocina. vi que ella *estaba en una silla, muy pintada y bien vestida, pero muy triste. Levantó hacia mí sus ojos y se quedó mirándome. Yo, que esperaba un reproche, murmuré tímido:*

—Salí tarde del colegio...

Fué como si no me hubiera oído. Debía estar pensando en otra cosa. Se puso a mirar al suelo, y yo me sentí tranquilo, agradecido. De repente se levantó y dijo:

—Te voy a poner la cena, tendrás hambre... Julia va a tardar, y los niños vendrán ya cenados.

—Me gustaría antes ver a papá—indiqué.

—Mejor no ahora—respondió ella—. El doctor acaba de irse... y es mejor que ahora descanse. Luego lo verás.

—¿Qué... dijo el médico?—pregunté, angustiado de repente.

Ella soltó lo que tenía en la mano y permaneció quieta, sin volverse, sin responder. De pronto se volvió. Pareció que iba a hablarme, decidida, pero al ver mi cara, al advertir quizás mi pena, se contuvo. Me miraba. Diríase que a través del aire mi congoja pasaba a ella. Apretó los labios, que pronto empezaron a temblarle; pero reponiéndose en seguida, haciendo un esfuerzo, exclamó como trastornada, con una voz vacilante que sonaba a súplica:

—¡Debes saberlo...! ¡Lo siento, hijo mío, pero es tu padre, y... está mal, muy *mal!*

Me quedé inmóvil. La expresión de temor se había helado en mi cara. Quisiera no haber oído. Adiviné que algo horrible pendía sobre nosotros. Anunciando esa fatalidad, unos ojos me miraban. Quise apartarme. Sacudí la cabeza, y como la viera llorar, rompí yo a sollozar también, con gran alivio.

Sentía su mano rozar las mías, que cubrían la cara, y sin saber cómo, de pronto me encontré abrazado a ella. Recostaba la cabeza en su hombro mientras gemía y mis manos oprimían su cintura, una cintura, delgada, flexible y cálida. Yo nunca había estrechado una cintura así, y la sensación me parecía novísima e interesante. Acariciaba ella mi pelo, que pensé debía aún estar muy polvoriento. Era un consuelo, un gran consuelo que nos hubiéramos hecho amigos en ese momento.

Me aparté al fin de ella y me dirigí a mi cuarto como embriagado, sabiendo que algo enorme había ocurrido, que más notables cosas habrían aún de ocurrir. Me acerqué al lavabo y lo primero que hice fué mirarme al espejo y contemplar la expresión dolorida de mi cara, admirar lo trágico y excepcional de mi situación. Miré luego mis manos en las que aún sentía el calor de su cintura. Luego volví a la cocina, dramático y un tanto ruborizado, y como viera que la cena estaba ya servida, la comí, aunque no con mucho apetito.

En los días que siguieron, mi padre se fué poniendo cada vez peor. Dejé de ir al colegio. Pilar me trataba con dulzura—aunque nunca volví a abrazarla—, con una piedad que sin consolarme ya, me asustaba. Una noche él se sintió mejor, y yo me acosté más tranquilo; pero horas después me despertó Julia. Al abrir los ojos la vi en la semioscuridad, inclinada hacia mí:

—¡Levántate, niño, levántate!—gemía.

Su mano áspera rozaba mi cara.

—¿Qué pasa?—pregunté, asustado.

No respondía, lloraba tan solo. Al fin contestó:

—Está peor, niño... Muy mal. Está ya... ¡Levántate!

No pregunté más. Sentía angustia grande. Tenía miedo, mucho miedo; pero a la vez curiosidad y un como religioso respeto de momento. Me incorporé tembloroso y luego, sin vacilar, me arrojé de la cama mientras Julia aún lloraba. Me vestí en silencio y no tardé en aparecer en la puerta de la alcoba con aire grave.

Todos me estaban mirando. Formaban un arco a respetuosa distancia de la cama. Además de Julia y Pilar, estaba allí Celedonio—el viejo amigo de mi padre—y también doña María, la vecina. Leí en los ojos de todos, compadecidos y expectantes, que en modo alguno consideraban superflua mi presencia ahí en ese momento. Orgulloso por ello, avancé dignamente dipuesto a posesionarme del alto papel que me correspondía, y sin modestia alguna me situé junto a la cabecera.

Respiraba él fuerte y de prisa, levantando mucho el pecho y

emitiendo cada vez como un leve rugido. Era, en cierto modo, como si estuviera muy cansado. Pero daba pena, mucha pena. Inquietaba no saber el motivo de esa fatiga repentina, y sobre todo inquietaba descubrir que aunque estuviera ahí respirando como todos—respirando muy fuerte, cierto es, pero como otro cualquiera podría también respirar—, aunque viéramos su cuerpo ahí cerca de nosotros, y todo, por lo tanto, a primera vista pareciera casi natural, su presencia, sin embargo, no resultaba en modo alguno natural. Asustaba. Ajeno a todo y tan blanco—los ojos vidriosos fijos en lo alto—, a solas consigo o con Dios, no había contacto alguno con él. Sólo su cuerpo estaba ya ahí.

Al cabo de un buen rato comenzó a respirar más suavemente, y luego cada vez fué espaciando más los suspiros. Creí que se ponía mejor; mas pronto advertí, mirando a los demás, que me engañaba. Me alarmó ver que Julia, que debía ser buena entendedora, arreciaba en su llanto a medida que los suspiros se iban haciendo cada vez más leves, y que al fin, murmurando algo que no entendí, hincaba sus rodillas en el suelo y se ponía a rezar y a dar vueltas al rosario entre sus manos. La mejoría, pues—me dije—, no era mejoría; que él pareciese agitado o sereno poco importaba. Y es que el mal no estaba a la vista. Se hallaba aún escondido; pero venía avanzando, avanzando de prisa...

Llegaba la muerte, sí, la «buena muerte» que Julia había mencionado; pero lo que eso fuera, lo que significaba para mí, era algo que no podía ni empezar a pensar. Sólo sabía que él se estaba muriendo. Eso era morirse. Uno se moría a solas—observé—, aparte de los demás, mientras la gente se le queda a uno mirando. Es como si alguien se estuviera hundiendo, hundiendo, y todos le contemplaran con pena en la otra orilla, sin poder hacer nada. Todos hacían algo, cierto; expresaban dolor cada uno a su modo, pero de nada servía. Julia, con sus rezos y suspiros, obraba como si siempre hubiera sabido que él se iba a morir; Pilar, mordiéndose las manos, hablaba para sí bajito y contenía los sollozos; Celedonio, inmóvil y con la cabeza baja, parecía resignado; y doña María se compadecía de todos, observaba a todos y de vez en cuando lloraba también un poquito... Y yo, ¿qué hacía yo? ¿Qué era lo que yo tenía que hacer? Tenía que hacer algo; mas esperaba aún, esperaba...

Cada vez se le oía respirar más de tarde en tarde, y tan leve que apenas ya se percibía. Todos se fueron poniendo de rodillas y yo me puse también. Se iba quedando quieto, muy quieto y silencioso. Solo se oía algún sollozo que otro, algún suspiro o la pala-

bra perdida de una oración; pero en el aire vibraba algo, un zumbido muy tenue que, cerca de su cara, hacía más hondo el silencio en que él estaba cayendo. Y fué entonces cuando al mirar ávidamente sus ojos tan abiertos—ojos fijos en algo que yo no podía ver—, adiviné que quien había estado persiguiéndole, la muerte, estaba ya muy cerca, cerquísima. Daba los últimos pasos, cautelosa, y cuando diera el último vendría a coincidir exactamente con él, con su cuerpo; y en ese momento ya no respiraría más, no se movería nunca; y ya no habría nada por debajo de él, nadie ya le perseguiría. La muerte era el exacto coincidir de esa sombra que le agobiaba y de su cuerpo, un coincidir en la quietud y en el silencio más completos.

Doña María trajo un espejo, lo puso delante de su boca entreabierta y esperó largo rato. Luego nos miró a todos con ojos tristes. Yo, que había permanecido lloriqueando, pero muy quieto, estaba aún de rodillas, absorto y como paralizado; mas lo que ocurrió de repente me sacó de mi estupor. Casi a la vez todos empezaron a moverse de aquí para allá, a gemir alto y a hablar a otros como si él hubiera ya salido de la habitación. Yo veía que estaba aún allí, quieto, blanco, igual que antes; pero ya no le hacían caso. Como si fuera de mármol, él ya no oía. Pilar corría por la habitación con los brazos en alto. Se golpeaba la cabeza con los puños, y haciendo con su boca una mueca rarísima, declamó como en el teatro, desmelenada, sollozante...

—¡Por qué me dejas! ¡Por qué me dejas! ¡Por qué me ha dejado!...

No se qué me pasó entonces. Me incorporé rápidamente y me lancé hacia la cama gritando yo también:

—¡Padre mío, padre, padre mío...!

Sentía en mi cara su pecho; el mismo pecho, el mismo calor que otras veces había sentido. Le acariciaba desesperado, llorando, gritando, y me apretaba mucho contra él. Y en ese momento me vi como si yo fuera otro, hermosamente caído sobre el cadáver. Me veía desde lo alto, como los otros me estarían viendo: mostrando mi pena de un modo conmovedor, exhibiendo una infantil y trágica resistencia ante lo irremediable. Hacía mi papel. Pero al mismo tiempo—y ello era lo verdaderamente doloroso— me estaba dando cuenta que bajo mi teatral postura, riera o llorase, había algo que permanecía lo mismo, quieto; algo que no cambiaría ya nunca: el cuerpo muerto que abrazaba seguiría muerto, muerto para siempre. El ya no estaría conmigo nunca más.

Cuando Celedonio salió para ir a ocuparse—según dijo—de los

«detalles del funeral» era ya por la mañana. Doña María, empeñada en apartarme del cadáver, insistía en ofrecerme un calmante y tiraba con fuerza de mi manga:

—¡Vente, vente conmigo! Así descansarán ellas también un poco—me rogaba.

Salí al fin de la alcoba casi a rastras, pero me calmé muy pronto. Advertí que la luz del corredor estaba aún encendida, y sin saber por qué, me sentí muy aliviado. Vagamente pensaba que todo lo que había ocurrido era un misterio no exento de grandeza, y que el futuro estaba lleno para mí, más lleno ahora que nunca de sorpresas, de grandes cambios y novedades; mas al abrir la puerta de la calle en cambio—como si una ola de aire bastase para renovar todo el sufrimiento—, sentí que sin él, sin nadie que me acogiera, el mundo me iba a parecer triste y hostil, terriblemente frío. Tuve pena de mí mismo. Y mientras subía por la escalera, llorando de un modo nada comedido, me daba cuenta otra vez que por debajo del llanto, y aunque me callase, lo mismo si echaba a correr que si me tiraba al suelo, estaría siempre la realidad inmutable de su muerte, la desesperante realidad que era el cadáver que había allí quedado.

Ya en su piso, doña María abría y cerraba el aparador y al fin me presentó un líquido verde y transparente en un vaso muy grande.

—Bébetelo y verás qué bien te sienta.. Luego tomaremos el desayuno, en cuanto mi marido se levante—decía ella, apoyando su mano en mi hombro.

Yo, sentado junto a la mesa, bebía y observaba todo: el tallado del cristal, las patas de una silla; los pastores de porcelana sobre el tapete, cargando grandes flores de trapo, o la máquina de coser arrimada a una ventana. Miraba los cuadritos, observaba todo y lo veía todo clarísimamente, pero todo me parecía extraño. Era como si las cosas—evaporada su sustancia o perdido quizá el lazo cordial que antes me uniera a ellas—de pronto revelasen con su mudez toda su oquedad y con su quietud lo grotesco de su existencia.

Cuando al cabo de un rato bajamos, las mujeres insistieron en que yo me fuera a acostar mientras ellas se entregaban a la tarea de aderezar el cadáver para la festividad de la noche. Tardé en dormirme, y cuando desperté todo se hallaba dispuesto: el comedor se había convertido en sala, y en la habitación adyacente se encontraba el muerto, instalado ya en su féretro y bien vestido.

Al poco rato empezaron a llegar las visitas. Además de Celedonio y doña María, que estaban allí como por derecho propio,

llegaron varias parejas, y algunos señores sueltos y señoras que yo apenas conocía. Entraban tristes y solemnes, apretaban la mano de Pilar y le daban el pésame con frasecitas de ocasión y comentarios elevados: «Dios se lo ha querido llevar, hija mía», «Hay que vivir», «Ahora a pensar en los que se quedan», «Así es la vida, y para eso hemos nacido». Ella, para responder a esos cumplidos, solía repetir sus entrecortadas palabras de desconsuelo, y repetía también a menudo el gesto, siempre impresionante, de bajar la cabeza y apretar contra ojos y narices su pañuelo muy mojado, hecho ya una bolita.

No tardaron en formar un corro y poco a poco la conversación se fué animando, especialmente después que hubieron bebido. Algunos contaban historias que resultaban cada vez más y más alejadas del tema original de los muertos. De vez en cuando se oían incluso risitas; y Pilar, divertida sin duda con la historia que narraba un señor muy vivaracho, llegó a sonreír también más de una vez; si bien, arrepentida pronto, mientras enseñaba aún los dientes y brillaban sus ojos hinchados, movía escéptica la cabeza, con aire pesimista, como para destacar así el gran fondo inalienable de su tristeza.

—¡Qué cosas tiene usted don Mauricio!—decía. Hasta me va a hacer reir... Y mira que...

Un pucherito se iniciaba ya en sus labios cuando don Mauricio, jovial y cariñoso, la interrumpió diciendo:

—¡Pues claro, hija! ¡Qué quiere! ¿Cree acaso que he venido yo aquí para aumentar sus penas? Bastante tiene...

Pilar le miraba con dulzura, mostrando así que reconocía cuán grande era el corazón de Mauricio. Yo, en cambio, bajé los ojos. Me había situado junto a la puerta que comunicaba con la habitación en que se hallaba el difunto, y aunque atendía a todo, al hacerse un momento de silencio, e incluso cuando más entretenido me hallaba escuchando lo que se decía, me imaginaba el perfil afilado, la cara blanca, la quietud y el silencio que él guardaba. Me parecía el cadáver lo permanente bajo el cambiante oleaje de sonrisas, murmullos y exclamaciones. Me levanté en silencio y entré, no ignorando que algunos ojos piadosos me seguían. Advertí luego que, por respeto a mí, la conversación bajó de tono; pero sólo durante un instante, pues pronto volvió a animarse. Muy calladito, quieto como si estuviera yo muerto también, en la habitación medio a oscuras, me puse entonces, una vez más, a contemplar el cadáver.

La caja negra, de segunda clase, estaba sobre una mesa. Cuatro

velones alumbraban las esquinas. Ese era mi padre. Pero resultaba difícil, muy difícil sentir toda la pena que debía. Le miraba fijamente y le veía lo mismo que le había ya visto. Le había mirado mucho, y en cuanto a tocarle, no me atrevía. Era imposible darse cuenta, darse realmente cuenta de lo que había ocurrido. Y sobre todo era imposible darse cuenta de lo que ello iba a significar para mí.

La ventana estaba abierta y por ella entraba un airecillo fresco que movía las cortinas. Su boca, entreabierta también, parecía ahora un pequeño hoyo, un hoyo negro; sus labios debían estar muy secos; su palidez era ya casi verdosa, transparente. Una ráfaga de viento llegó hacia mí, y entonces percibí viniendo de él, viniendo de él sin duda alguna, sobreponiéndose al aroma de las flores que casi le cubrían, un olorcillo particular. Olor de podrido, cierto, pero de un podrido que parecía diferente, que por emanar de donde emanaba diríase llegaba enaltecido con una dignidad especial. Me sobrecogió descubrir que se estaba transformando. Era como si el cadáver no estuviese sólo donde estaba, sino también en el aire, flotando y disolviéndose. Ese cadáver, el fundamento de todo, iba al fin y al cabo a desaparecer también. ¡De él ya no me iba a quedar nada, nada, sólo un hueco!

Al día siguiente tuve una vez más ocasión de sentirme importante. Celedonio afirmó que siendo yo «el hombrecito de la casa», a mí me tocaba presidir el entierro, y en ello más que en otra cosa anduve pensando toda la mañana.

Sonaron las dos. Las mujeres con sus lutos, llorosas, se apiñaban en torno a Pilar; y los hombres, impacientes, esperaban en un rincón. Yo, mientras, orgulloso con el brazalete que me habían prendido en el traje gris de los domingos, aunque me sentía algo mareado, sin que me abandonara nunca el olor ya muy fuerte del cadáver, entraba y salía de las habitaciones procurando que de mi cara no se borrara nunca, me mirasen o no, la huella que en mí dejaba un noble y contenido sufrimiento.

Cuando al fin, con sus grandes blusones negros, llegaron los de la funeraria, Pilar se puso a dar gritos y tuvieron que sujetarla.

—¡Que no se lo lleven, Dios mío, que no se lo lleven!—clamaba.

Eran súplicas apasionadas que juntamente con su fuerte manoteo, causaron gran conmoción por un momento. Más pronto, guiados por Celedonio, los eficaces empleados pusieron manos a la obra, metódicos, como si todo el griterío poco tuviese que ver con ellos, y no tardaron en aparecer en el pasillo, en fila y llevando ya la caja a cuestas. Pilar aún alborotaba, pero como los hombres se ponían en

marcha, yo me fuí de prisa a ocupar mi puesto frente a ellos y comenzamos todos a bajar detrás del féretro.

Fué preciso detenerse más de una vez en los rellanos, ya que la escalera era estrecha y había que hacer maniobras como las que se hacían al subir o bajar algún armario. Eran penosos los ruidos: el respirar de los mozos abrumados por el peso, los crujidos que se oían como saliendo de la caja. Todo tan desconcertante que no daba tiempo a pensar, que no podía uno acabar de darse cuenta que era esa, definitivamente, la última vez que él y yo íbamos a bajar juntos.

Muchos se agrupaban junto al portal, mas yo pasé entre ellos indiferente y grave. Luego me quedé parado en medio de la calle sin saber qué hacer. Otra vez chirriaba la madera—esta vez de un modo diferente—al poner la caja en su sitio, sobre el coche. Le trataban como a un baúl, sí; pero como él estaba tan muerto, claro es que no sentía nada. Sin sangre, él mismo era ya como madera.

Celedonio me cogió del brazo y los dos fuímos a ocupar el coche que seguía al de los caballos negros y emplumados. Arrancábamos. La gente se dispersaba y tuve la impresión clarísima de que el acto final había realmente concluído. Pero todavía quedaba el cementerio, el final verdadero. Varios coches nos seguían. Avanzábamos con el resto del tráfico. La gente, lo mismo que de costumbre, iba a lo suyo, pero algunos se detenían en las aceras y se quitaban con reverencia el sombrero como si fuera él un muerto importantísimo. Desde dentro del coche yo los miraba agradecido. Seguíamos nuestra marcha y ellos seguían la suya también. Todos iban a olvidar. Acabado el entierro, los que ahora le acompañaban volverían a sus casas y no pensarían ya en él; pero cuando todos le hubieran olvidado, en los días y meses futuros, a solas conmigo, yo en cambio le iba a recordar siempre, siempre...

Ibamos ya por el campo cuando Celedonio apretó mi mano y dijo conmovido:

—¡Te has portado bien, muchacho! ¡Como un hombre! Es una gran pérdida, una gran pérdida para ti, pero no queda más que ser fuerte y resignarse. Tú eres joven y tienes la vida por delante... Mas es triste, claro, bien triste...

Yo miraba por la ventana para que él no viera mis lágrimas. El campo era árido y llano. Estaba completamente solo en medio del mundo.

Se veían ya las tumbas. El coche se paró delante de un edificio rojo y puntiagudo. Los trámites y ceremonias fueron breves. Pronto estuvo la caja al lado de la fosa y vi que junto a ella se agrupaba

un puñado de hombres. Levantaron la tapa. Le miraba yo por última vez. Su cara era de mármol, contraída, y en ella se adivinaba la calavera; los labios no eran ya labios, los ojos parecían muy hundidos. ¡Estaba en verdad horrible! Se hallaba ya muy lejos de la vida, helado como si fuera piedra, seco como un tronco ya sin savia. Mirándole, yo mismo sentía mis venas secas también. Un enterrador arrojó a su boca inmóvil una paletada de cal, como la hubiera podido arrojar entre dos ladrillos. Se nublaban mis ojos y mis piernas se doblaban. Celedonio me sostuvo y como en sueños percibí que le bajaban con unas cuerdas, y otra vez oí el gemir de la madera, y luego la arena cayendo sobre la tapa, sonando como sonaría la lluvia, una lluvia fuerte y seca que cayera en mis entrañas. Fué un descanso escuchar después la tierra blandamente cayendo sobre la tierra. La caja al fin desapareció y momentos más tarde todos nos alejamos de la tumba.

A la vuelta, Celedonio y yo íbamos otra vez muy callados. Ya no nos seguía ningún coche. ¡Ahora sí que todo había acabado! Y no me pesaba que el muerto se hubiera quedado allá. El enterrado ciertamente no era ya él; era tan solo el cadáver, algo denigrante. Ahora de él no me quedaba nada, nada más que su ausencia. Todo había acabado y, sin embargo, todo empezaba ahora para mí; y todo iba a ser muy distinto. Acabado el espectáculo, volvía yo a estar sólo, más sólo que nunca. El ya no estaba: eso era lo decisivo. El ya no estaba y no estaría nunca, nunca más, nunca. Y mirando hacia el horizonte me pareció que las nubes rojas, unas nubes desgarradas bajo un triste cielo plomizo, sentían también el hueco que él había dejado; lloraban conmigo y participaban conmigo del asombro ante el silencio que se extendía por el campo, participaban del inacabable pasmo ante la desolación de esa tierra que tantos y tantos muertos escondía.

En los días que siguieron, cuando ya todos dormían, pasé yo muy largas horas en vela, dando vueltas, esperándole. Evocaba gestos y sonrisas que ya no estaban, palabras desvanecidas. Recordaba que otras noches, cuando él vivía, mi corazón saltaba al oír la llave moverse en la cerradura. Ahora esperaba en vano su vuelta; pero creía siempre oír sus pasos, creía oír siempre la llave otra vez.

Me acostaba pronto cada noche para poder pensar en él con calma, y le esperaba, le esperaba aunque bien sabía que nunca iba a llegar. Decía «nunca, nunca», muchas veces, pero el «nunca» no me quitaba jamás de la espera. Ese «nunca», aunque lo creyese, no acababa de entenderlo; o, como yo decía, no me entraba. *Y seguía es-*

perando. Pero era una espera bien triste, ya que no contenía esperanza: era sólo un deseo, un ansia vivísima de que él volviese.

Fué por entonces cuando comencé a revivir mi creencia en el paraíso, una creencia que tenía arrumbada desde los días en que abandoné el colegio de jesuítas. La esperanza de poder encontrarle alguna vez allá por esos cielos, me entretuvo en ocasiones, por una temporada; pero era una esperanza pálida que no aminoraba en nada mi deseo de encontrarle vivo por acá, en esta tierra; que no aplacaba en lo más mínimo el dolor que me causaba su ausencia. A veces, desesperado, me levantaba un momento y ocasionaba algún ruido, mas si oía que Julia o Pilar se acercaban a mi alcoba, corría a la cama y me hacía el dormido; y luego volvía a pensar otra vez en lo mismo.

En el patio de la escuela, a menudo me quedaba pasmado mirando cómo los otros jugaban, extrañado de que los estuviera yo viendo; extrañado de ser yo como unos ojos que veían, y, al mismo tiempo, alguien que se daba cuenta de que estaba viendo. Pero lo que veía en esas condiciones me importaba muy poco. Todos, hasta mi amigo Tomás, me parecían lejanos, raros.

Quien más compañía me hizo fué una perrita, «Pinta», a quien pronto tomé gran cariño. Más que apartarme de mi pena, como había pretendido Celedonio, que fué quien me la regaló, diríase que la pena se centraba ahora en ella, y por eso la quería yo tanto. Ella materializaba el ansia de que mi padre volviese. La hacía ponerse a dos patitas, sosteniendo con mis manos sus patas delanteras, y cuando me miraba fijamente con sus ojos tristes, pensaba yo que era él quien me estaba mirando, y si la abrazaba luego, oprimiéndola hasta que gruñera, y humedecía con mis lágrimas su oreja, creía que, en cierto modo, era a él a quien abrazaba, o más bien me parecía que en ella abrazaba el dolor que la desesperación me había producido. Ese cariño mío, cuyo objeto se había disipado; esa pena por él, que era pena en el aire y sin cuerpo, se encarnaban en el cuerpecillo flexible y suave de «Pinta». Y cuando la sacaba de paseo y moviendo la colita se alejaba ella para ir a oler por los rincones, era como si por el suelo, jugueteando, se fueran mis tristezas; como si de mí escapara, triste, ese amor que ya no tenía ningún dueño.

Un día Pilar me dijo que iba a ser quizás necesario que yo me fuese a vivir a otra ciudad con unos parientes míos. La noticia me excitó bastante, pero no me importó tanto como lo que agregó después de que iba a tener, tal vez, que separarme muy pronto de la perra. Y una semana más tarde soltó la bomba. Teníamos

que regalar inmediatamente a «Pinta». Había encontrado para ella una casa, y lo había prometido. Resistí, grité y lloré mucho, supliqué; pero todo fué inútil. Yo mismo tuve que llevarla. «Pinta» iba muy triste, como si supiera que la iba a abandonar. Cuando llegué, no podía acabar de despedirme. Lloré entonces a mares y luego seguí llorando.

No había freno para las lágrimas. Y es que esa desaparición no encerraba misterio alguno. Su ausencia era remediable: me la había quitado tan solo, eso era todo. Era un dolor llano y simple. Pilar, furiosa, me dijo que lloraba yo por la perra más que habría llorado por mi padre, lo cual era muy cierto; e insinuó repetidamente y de muy distintos modos que mi dolor por él no debió ser tan grande ni verdadero como antes había a todos parecido. Yo no decía nada. Sufría tan solo y lloraba. Y de pronto una noche la perra volvió. Nadie supo cómo, pero volvió. Pilar, conmovida, dijo que se quedaría el animal en casa hasta que yo me marchase, y así todos nos sentimos más contentos. Pero, cosa rara, desde que «Pinta» volvió, y aunque me alegrase tanto, yo no pensé mucho en ella. Ni siquiera me angustiaba demasiado recordar que pronto me iría a otra parte y la volvería a perder de vista. Pensaba, en cambio, otra vez en mi padre, y seguía esperándole; seguía esperando a cada instante oír en la puerta el ruido del llavín. Pilar prometió al fin que dejaría a la perrita en casa, ya que Enriquito y María la querían también mucho, y con ello me sentí muy consolado, pensando que alguna vez la volvería a encontrar.

El día señalado para el viaje me levanté muy temprano. En la estación, ya anochecido, estaban además de Julia—que pronto se iría a su pueblo—y de Pilar, Celedonio y la perrita. Yo tenía gana de que el tren arrancase, porque, sin saber por qué, despedirme de tantos a la vez me daba mucha vergüenza. Encargaron al revisor que me cuidase, y cuando por fin el tren partió y dejé de verlos y de decir adiós con mi mano, di un suspiro muy fuerte.

Comí pronto lo que llevaba para cena y luego empecé a interesarme por las personas que iban sentadas delante de mí. Iba a encontrarme ahora con muchos seres diferentes, a vivir en otros sitios. Mas tendría que ser bueno, hacerme querer para que mis tíos no me echasen a la calle. Eso sólo unos años. Luego sería ya un hombre, sería libre y podría marcharme a donde quisiese. Debía ser interesante ver mundo, encontrar siempre nueva gente; pero yo no iba a querer nunca a nadie como le había querido a él, ya nadie se me moriría como él se me había muerto...

Me dormí temprano apoyada la cabeza en el saquito que lle-

vaba. Al despertar vi que comenzaba a amanecer. Corríamos por otra tierra, ya muy lejos. Recordé que él había muerto, y por primera vez ello me pareció un hecho remoto, algo ocurrido en otro tiempo, aunque fuera aún muy triste. No iba ya a verle, mas era preciso conformarse. Los árboles eran sombras que huían. El campo, frío aún, se iba cubriendo con una tenue luz. Era un mundo hostil, sí, ese que aparecía; pero era nuevo, completamente diferente: estaba lleno de sorpresas y me esperaba.

A. Sánchez Barbudo.
University of Wisconsin
Spanish Dept.
Madison, Wis.
(U. S. A.)